

## **Mesa redonda sobre la exposición de libros de astronomía de la biblioteca de la Universidad de Granada**

El libro es el gran invento de la humanidad. ¡Qué gran cantidad de información en tan reducido tamaño! Ha habido que esperar a finales del siglo XX para superar esta inmensa densidad de información. Los inventos del papel y de la escritura han hecho posible este artilugio, informáticamente perfecto, pequeño, transportable y entrañable. En él –buenos o malos- sólo hay pensamientos. Y como el pensamiento es la quintaesencia del hombre, el libro es poderoso.

Pero el libro también tiene sus defectos. En concreto, tiene dos grandes defectos. El primero: es inflamable. No es de extrañar entonces que algunos grandes gobernantes, conscientes del poder del libro, han convertido las grandes bibliotecas en grandes hogueras.

El segundo defecto es que es vulnerable a las tijeras. Los temerosos del libro y de las ideas siempre tienen unas tijeras a mano. La censura es un gran enemigo del libro. Y no sólo me refiero a los famosos censores de las épocas de fanática intransigencia, a aquellos censores de aquí pero no ahora y de ahora pero no aquí, sino también a los de aquí y ahora, aunque su poder destructivo sea mucho más modesto. Ahora y aquí – menos mal- se recorta la idea pero no se quema al autor.

Incluso el civilizado “referee” de las revistas científicas es un personaje antipático. “Lo que no me gusta, que no lo lea nadie”, nos dice. El artículo que “confirma” es tranquilizador: “We confirm that...”. El que disiente es sospechoso de herejía. ¡Cuántos descubrimientos han dormitado largos años en los despachos de los ortodoxos! Alfven, Chandrasekhar, Margulis...

Pero –se me dirá- entre lo que se escribe puede haber bazofia, futilidad, pseudociencia, superstición, herejía...

¡Qué hermosa la actitud de San Agustín cuando nos decía “Los herejes son necesarios”. Las malas ideas no son condenables porque puede que lo que lo sea, sea la opinión del censor. Y en todo caso, abramos las puertas a todas las ideas, buenas y malas, y confiemos en el hombre.

Muy encomiable me parece la actitud de Alfonso X, ahora que hablamos de libros antiguos. No creía en la astrología, como la pseudociencia que predice el porvenir por los movimientos de los planetas, pero mandó traducir numerosos libros de astrología clásica, incluso pulió personalmente la traducción, con la recién nacida lengua castellana.

Las palabras “astrología” y “astronomía” no tenían quizá la radical diferenciación que

tienen hoy, pero la separación entre adivinación por los astros y ciencia objetiva estaba clara en nuestro gran monarca.

“Onde pues que en el titulo ante deste fablamos de los adevinos et de los otros hommes que tienen que saben las cosas que han de venir, que es como manera de despreciamiento de Dios, queriéndose igualar con él en saber los sus fechos et las sus puridades...”

(Partida Séptima, título XXIV. Las siete partidas)

Pero hacía, en efecto, traducir obras astrológicas. Un buen ejemplo fue el *Comentario al Tetrabiblos* escrito por el astrólogo egipcio del siglo X Ali b. Ridwan. Encomendó la traducción a Egidio de Tebaldis y a Petrus de Regio.

Dice el autor de este *Comentario* que en 1006 pudo observar la aparición en el cielo de un nuevo astro que desapareció al cabo

de uno meses. Quizá corresponde al resto de supernova y fuente de rayos X “ScoX-3”.

Quizá sea la referencia más antigua a una supernova (la famosa de lo astrónomos chinos es de 1054).

Fue estudiada por B. R. Goldstein “Evidence for a supernova of A.D. 1006” (The Astronomical Journal 70, 1, 1965). Véase J. Vernet en “Lo que Europa debe al Islam de España” (Acantilado, 1999).

He aquí como un libro de intenciones astrológicas, fuera de la ciencia y la cultura actuales, puede ser de utilidad a éstas, gracias a la mente abierta de nuestro Rey Astrónomo, Alfonso X el Sabio. Astrónomo (también) hay que considerar a Alfonso X pues no hay historia de la Astronomía, por sucinta que sea, que ignore su contribución.

Hablemos un poco más de supernovas históricas. Porque los libros antiguos de astronomía nos hablan especialmente de los movimientos de los planetas y del de la “ochava” esfera, es decir, de la ciencia que podía hacerse sin telescopio. Pero algo más relacionado con la astrofísica son las descripciones medievales de las supernovas.

Uno de los libros de la exposición y que aparece en el librito impecable que nos guía en ella, está escrito por Jerónimo Muñoz. Es buen momento para recordar que la supernova hoy llamada de Tycho Brahe fue descubierta y descrita por Jerónimo Muñoz, cosa que el mismo Tycho reconocía. Tycho dedicó a Muñoz las alabanzas más elogiosas. La Universidad de Valencia ha publicado un extenso volumen a la figura de este sabio español, naturalmente muy desconocido en España.

Y nada más. Sólo quiero añadir que me encuentro como ferviente admirador de este

templo de libros, de ideas, de verdades...  
También habrá falsedades entre tanto libro,  
claro está, pero incluso esas falsedades  
merecen nuestro respeto. La verdad se abre  
paso a trompicones entre muchas tentativas  
erróneas. El error es el alimento de la  
verdad.

Me encuentro en este templo del saber de  
todos los tiempos. Aquí vive el tiempo. Este  
templo es de los pocos que ha sobrevivido  
al fuego del fanático. Me rindo ante las  
sabias manos que ahora velan por su  
conservación y difusión.